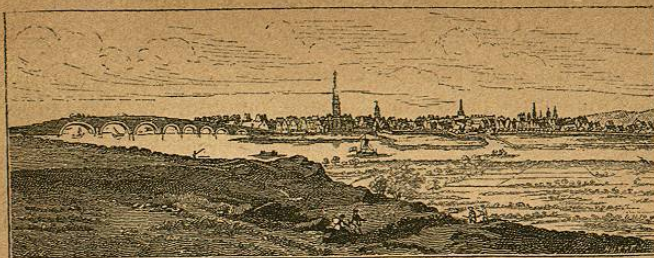
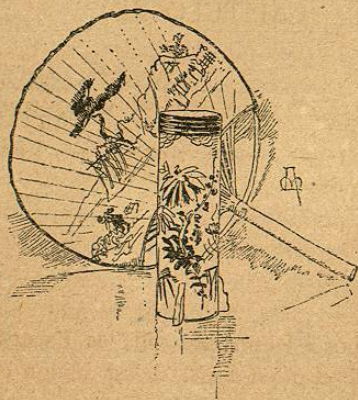


esa casta!... ¡Qué poco me conocen los que me lo propusieron! Me batiré cuando me acomode, pero no será por la prostituida de Babilonia, ni por otra alguna de Inglaterra!



CAPÍTULO XIX.

Al pie de ese hendido campanario que, batido por los ultrajes del viento, parece aspirar sólo a la ruina, duermen el génio del poeta, la bravura del guerrero y los suspiros del amante.

JOHN LANGHORNE.

LEGADOS a la primera villa de Escocia, Andrés no olvidó el ir en busca de su amigo el procurador, a quien fué a consultar acerca de los trámites indispensables para convertir decentemente en propiedad legítima la « hermosa bestia » que hasta entonces sólo le pertenecía por obra y gracia de un escamoteo bastante común todavía en un país donde reinara, en otro tiempo, la impunidad.

Complacióme el verle de vuelta con aire corrido y rostro descompuesto. A lo que entendí, había dado excesiva extensión a las confidencias hechas a su antiguo compadre Buchedor, el cual, en cambio de su franca declaración, le comunicó que, durante la ausencia del consultante, había sido nombrado secretario del juzgado de paz, estándole, por consiguiente, encomendado el instruir al juez de las tretas de aquel género. El

astuto funcionario añadió que su deber era el de apoderarse, sin miramiento alguno, del caballo y depositarlo en la cuadra del alcalde Grossepanse, en concepto de peño, á razón de doce chelines escoceses por día, hasta quedar solventada la cuestión de dominio, dejando entrever, asimismo, que su cargo, estrictamente desempeñado, le imponía la obligación de detener al jardinero en persona. Cediendo, empero, á los ruegos de éste, mostróse indulgente, prometió hacer la vista gorda y llevó la generosidad hasta el punto de regalarle un rocín asmático y derengado, para la prosecución del viaje; bien que, en cambio, exigió del pobre Andrés una cesión completa de derechos respecto al buen caballo de Thorncliff. Esta cesión fué de pura forma, toda vez que, según observó bromeando, cuanto podía prometerse, en definitiva, su desgraciado amigo consistía en el cabestro.

No sin pena arranqué los trascritos detalles á mi guía, quien mostró conturbado el aspecto y gachas las orejas, ya que su orgullo nacional se sentía cruelmente mortificado al convenir en que, del lado de acá como del de allá de la frontera, un procurador era un procurador y que el escribano Buchedor no valía un óbolo más que el escribano Jobson.

— Si le hubiera sucedido á él lo que á mí, entre los ingleses, — dijo Andrés, — hubiérase visto vejado en la mitad menos, tratándose de una cosa ganada, puedo decirlo, con peligro de la vida. Pero, ¿háse visto alguna vez que los halcones se destruyen unos á otros? ¡ Ah! todo está revuelto en mi país desde la malhadada Unión!

Era á la de Escocia con Inglaterra, á la que Andrés atribuía cada señal de corrupción y de decadencia que creía observar entre sus paisanos, como la carencia de mesones, la disminución de jarros de cerveza y otros daños por el estilo.

Por lo que á mí toca, las cosas habían tomado un sesgo favorable, sustrayéndome á toda responsabilidad respecto al caballo. Escribí á mi tío explicándole por qué circunstancias aquél había pasado á Escocia y notificándole que estaba en poder de la señora Justicia y de sus respetables emisarios el alcalde Gro-

ssepansa y el secretario Bouchedor, á quienes le remitía para más pormenores. En cuanto á si el animal volvió á su propietario, el cazador de zorros del Northumberland, ó bien si continuó montado por el procurador escocés, alternativa es que no merece ocuparnos.

Seguimos Andrés y yo nuestro viaje hácia el noroeste, con menos celeridad que á la salida, que más pareció fuga. Cadenas de montañas estériles y monótonas sucediéronse sin interrupción hasta que se abrió ante nosotros el fértil valle del Clyde. Arreando el paso de nuestras cabalgaduras, entramos en la villa ó, según la orgullosa denominación de Andrés, en la ciudad de Glasgow.

Ésta es hoy muy digna, por lo que he oído decir, del título que, por una especie de presentimiento, le adjudicó mi guía. Relaciones extensas y siempre crecientes con las Indias occidentales y las colonias de América han favorecido su riqueza y su prosperidad: base que, con perseverancia y energía, puede servir de punto de apoyo á un inmenso desenvolvimiento comercial. En la época de que hablo no brillaba aún la aurora de su esplendor. El acto de la Unión había, ciertamente, abierto para Escocia el tráfico con las colonias inglesas, pero por efecto de la penuria de capitales y de los celos nacionales de los ingleses, los comerciantes escoceses hallábanse aún excluidos, en gran parte, del uso de los privilegios que les otorgaba aquel gran acto político.

Por más que estuviera lejos de hacer presagiar la importancia á que todo anuncia ha de llegar algún día, Glasgow no debía menos á su situación central, al oeste de Escocia, el ocupar un rango elevado y considerable. El Clyde, cuyas abundosas aguas bañan casi sus murallas, abría una navegación ventajosa hacia el interior. No sólo las fértiles llanuras que la rodeaban, si que también los condados de Ayr y de Dumfries miraban como capital natural á Glasgow, mandándole sus productos y recibiendo, en cambio, de ella los objetos de lujo y de utilidad necesarios para su consumo.

De las sombrías montañas de la Escocia occidental bajaban,

con frecuencia, tribus agrestes que frecuentaban los mercados de la residencia favorita de San Mungo, el primer civilizador de aquellas comarcas. Veíanse, á menudo, rebaños de ganado de ruines potros, vellosos y salvajes, atravesar las calles de la villa guiados por montañeses tan velludos, tan salvajes y, á veces, tan ruines como aquéllos. Con sorpresa observaba el extranjero su traje antiguo y raro y oía los discordantes sonidos de una lengua para él desconocida. Por su parte, el montañés, armado hasta en tan pacífica tarea, con fusil, pistolas, espada, puñal y tablachina (1), contemplaba absorto los objetos suntuarios cuyo uso no concebía, y miraba codicioso aquellos que podían prestarle utilidad.

Jamás renuncia el montañés á los despoblados que protegen su cuerpo, y, en aquellos tiempos atrasados, intentar establecerle en otro sitio hubiera valido tanto como pretender arrancar un pino de la roca en que echó raíces. No obstante, los valles situados en altas tierras, á pesar del hambre y de la guerra civil que les diezaba, de vez en cuando, experimentaban ya un aumento de población. Gran número de sus habitantes emigraron hasta Glasgow, buscando y consiguiendo trabajo, siquiera muy diverso del á que se dedicaban en la montaña. Semejante colonia de hombres, robustos y laboriosos, no dejó de ejercer influencia en la prosperidad de la villa, la cual debió á aquélla los medios de sostener singulares fábricas, de que se envanecía ya, y el preparar los fundamentos de su futura grandeza.

El aspecto de la población estaba en armonía con sus esperanzas. La calle principal, larga é imponente, exornada con monumentos de arquitectura menos correcta que vistosa, extendiase entre dos hileras de elevadas casas de piedra, sobrecargadas, en parte, de ornamentos de albañilería, lo que le daba un aspecto de grandeza y de majestad que falta, hasta cierto punto, á la mayoría de poblaciones de Inglaterra construidas con ladrillos lijeros, deleznales y propensos á inmediato deterioro.

(1) Especie de broquel más propio de épocas anteriores.

Érase un sábado por la tarde, y á hora bastante avanzada para ocuparse en negocio alguno, cuando llegamos mi guía y yo, á la metrópoli occidental de Escocia, apeándonos á la puerta de un mesón que nos recibió muy urbanamente.

A la siguiente mañana, las campanas de todas las iglesias repiqueteaban anunciando la santidad del día. A pesar de cuanto había oído decir acerca de la austeridad con que se observaba el domingo en Escocia, mi primer pensamiento, muy natural, fué el de andar en busca de Owen, pero se me dijo que toda gestión sería vana antes de la celebración de las prácticas religiosas. La mesonera y el guía afirmaron, de consuno, que no hallaría yo alma viviente ni en los despachos ni en la casa de comercio donde debía presentarme, y que, á mayor abundamiento, no encontraría ninguno de los socios, personas graves y que, á fuer de buenos cristianos, estarían en la iglesia subterránea de la Baronia.

Andrés, á quien sus quejas contra la judicatura no habían, por fortuna, desilusionado respecto á las restantes carreras liberales de su país, echóse á entonar elogios del predicador que debía ocupar el púlpito, á todos los cuales dijo *amén* la hosterera. Aquel concierto de alabanzas sugirióme la idea de asistir á un templo popular, tanto con la mira de saber si Owen había llegado á Glasgow, como con la esperanza de salir de él muy edificado. Mi ansiedad se excitó vivamente con las seguridades de que si el señor Efrain Mac-Vittie ¡el digno varón! estaba en el mundo, no dejaría de honrar con su presencia la iglesia, y de que si hospedaba en su casa á un forastero, le llevaría allá sin duda alguna. Tal probabilidad acabó de decidirme y, acompañado por el fiel Andrés, dirigíme á la catedral.

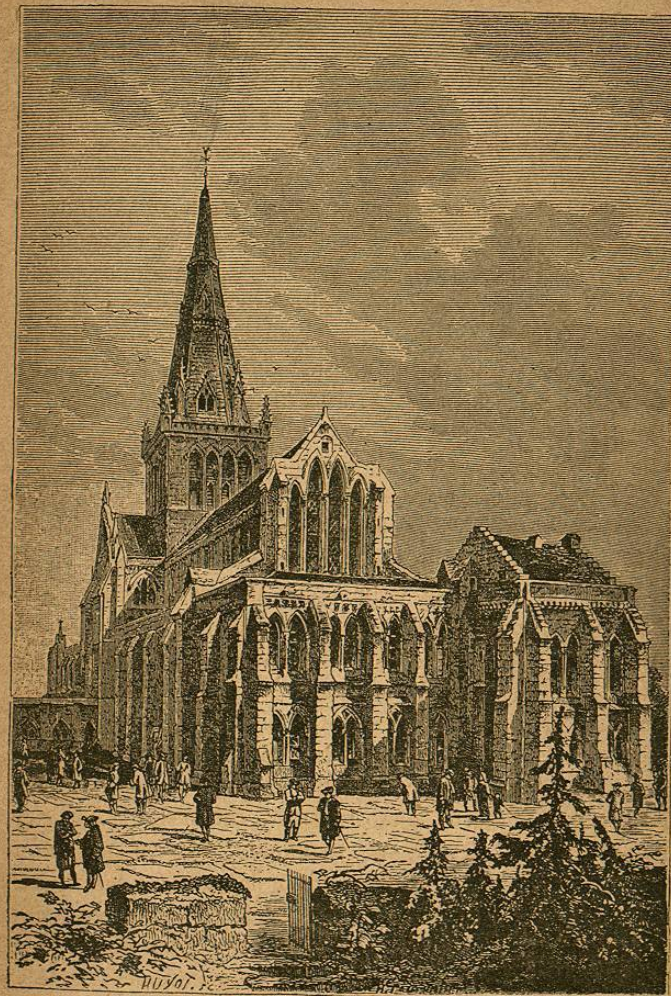
En aquella ocasión hubiera podido prescindir de él, pues la multitud, que se arremolinaba á lo largo de la calle ascendente y mal empedrada para oír luégo al predicador más popular de la provincia, hubiérame arrastrado con ella. Llegados á lo más alto de la calle, tomamos por la izquierda, y una gran puerta, abierta de par en par, diónos acceso al vasto y desnudo cementerio que circunda la catedral. Este edificio, sombrío y mazizo,

nada tiene de elegante, pero ha conservado una originalidad tan notable y tan en armonía con los alrededores, que, ya á primera vista, produce un efecto de admiración y de respeto. Tanto sentí una y otro que, para examinar más á mi sabor el edificio, resistí, durante algunos minutos, los esfuerzos de Andrés empeñado en empujarme hacia el interior.

Aun cuando se eleva por sobre una localidad populosa y considerable, el antiguo monumento parece estar en completo aislamiento. Por un lado, altas murallas lo separan de la villa propiamente dicha, y por otro, hállase flanqueado por una torretera en cuyo fondo susurra caprichoso arroyo, apenas visible, y cuyos dulces murmurios contribuyen á dar al sitio más imponente majestad. La orilla opuesta se ve cubierta, en su pendiente escarpada, por un conjunto de abetos cuyas espesas ramas extienden sobre el cementerio melancólica sombra.

No hay cosa que no tenga allá su carácter particular, incluso el cementerio. Éste, aunque muy extenso en realidad, parece pequeño, dado el gran número de habitantes inhumados en él. Señaladas casi todas las tumbas con piedras sepulcrales, no falta espacio para la vegetación lujurante que, por lo común, desplega un manto de verdor sobre aquellas soledades en que el malo deja de dañar y en que halla reposo el desgraciado. Con sus recios sillares juxtapuestos, el recinto, aunque al aire libre, ofrece parecido con nuestras antiguas iglesias de Inglaterra cuyo pavimento presenta sólo una lista de inscripciones funerarias. El contexto de esos tristes archivos de la muerte, los vanos dolores de que son testimonio, la amarga lección que dan sobre la nada de la humanidad, la extensión de terreno que cubren y la tenebrosa monotonía de su estilo, recordáronme el libro del profeta, cubierto de escritos por fuera y por dentro, en el que se leían sólo lamentaciones, duelo y desesperación.

La catedral, en su soberbio conjunto, contribuye al efecto del majestuoso cuadro. El aspecto es pesado en exceso, pero la ligereza y los adornos que tuviera serían en detrimento de la impresión que produce. Es la única iglesia metropolitana de



Catedral de Glasgow.

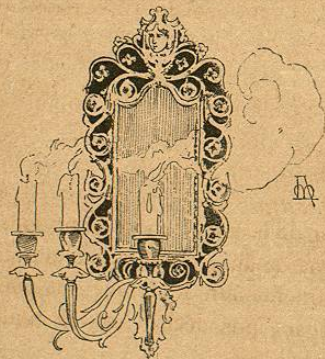
Escocia, según se me dijo, que, á excepción de Kirkwall, en las islas Orcadas, no sufrió en lo más mínimo los ultrajes de la Reforma; y Andrés, cuya vanidad se sintió muy halagada con la admiración que aquella despertó en mí, explicóme en los siguientes términos las causas de dicha preservación.

— ¡ Ah ! ¡ qué hermosa iglesia ! No se han grabado en las paredes historias en piedra, ni puesto arambeles y follajes. Está hecha con buena sillería, sólida y bien construida, que durará tanto como el mundo, si no se empeñan en lo contrario los hombres y la pólvora. ¡ De buena escapó en tiempos de la Reforma, cuando se derribaron las iglesias de Perth y de San Andrés sólo para barrerlas de papismo, de idolatría, de culto á las imágenes, de sobrepellices y de otras zarandajas de la gran prostituida que se sienta sobre las siete colinas, como si una de éstas no fuera bastante par sus gastadas sentaderas !...

« Fué por aquel entonces que las municipalidades de Renfrew, de la Baronia, de los arrabales y de más allá, reuniéronse una mañana para llegarse á Glasgow, dando aviso para purgar algún tanto á la catedral de los pelendengues del papismo. Pero los vecinos de la villa tuvieron miedo de ver su antiguo edificio venirse abajo, con el empleo de semejante medicina, y repicaron las campanas y congregaron las milicias á tambor batiente. Por fortuna, el digno Jaime Rabat era decano de los oficios aquel año : famoso maestro de obras que se sintió más que resuelto á defender la antigua construcción. Entonces, reuniéronse las gentes de oficio y libraron resueltamente batalla contra los de las municipalidades, prefiriendo portarse así á dejar que su iglesia se echara á perder como tantas otras. No fué por amor al Papa, ¡ oh, no ! Nadie podrá afirmar eso jamás de los trabajadores de Glasgow. Entonces se llegó á un arreglo. Quitáronse de las capillas las estátuas de los santos, (¡ mal año para ellas !) y aquellos ídolos de piedra fueron hechos añicos, conforme al texto de la Escritura, y echados al agua del Molendinar, quedando la vieja iglesia en pié y tan contenta como gato limpiado de pulgas, y todo el mundo tan satisfecho.

« He oído decir á personas entendidas que , á seguirse igual conducta en cada población de Escocia , la Reforma hubiera sido tan pura como es hoy y que contaríamos con más verdaderas iglesias de cristianos. He estado mucho tiempo en Inglaterra y no hay quien me quite de la mollera que la perrera de Osbaldistone es mejor que más de una casa del Señor en Escocia. »

Y hablando de esta suerte , Andrés avanzó hácia la catedral.



CAPÍTULO XX.

Ese espectáculo llena de respeto y de horror mis contristados ojos ; esas tumbas y esos palacios de la muerte producen frío y saturan al emocionado corazón de temblores glaciales.

CONGREVE. — *La Novia enlutada*, tragedia.

A pesar de la impaciencia de mi guía , no pude absterme de dirigir una mirada última al edificio , más imponente aún desde que sus puertas , al cerrarse , acababan de tragar , por decirlo así , la multitud que ocupara antes el cementerio.

Solemnes coros anunciáronnos que la ceremonia había empezado. El concierto de tantas voces , que confundía la distancia en una armonía sola , sin dejar que llegaran al oído las ingratas discordancias que , desde más cerca , lo hubieran disgustado , junto con el murmullo del arroyo y los gemidos del viento entre los pinos , elevaron mi alma hasta el sentimiento de lo sublime. La naturaleza entera , tal cual la invocaba el salmista , cuyos versículos se entonaban , parecía unirse á los fieles para ofrecer al Criador aquel cántico de alabanzas en que se juntan el temor